

Pablo». De hecho, autores como Barth, Bultmann, Tillich y Ebeling se han pronunciado sobre la necesidad de interpretar la doctrina de la justificación de acuerdo con las circunstancias actuales que son muy distintas de las de Lutero. Una nueva interpretación es lo que, tal vez, podría permitir presentar la doctrina de la justificación como clave de antropología cristiana. El autor lo intenta en el último capítulo, prestando especial atención a dos importantes documentos: *Justification by faith* (1984) y *Lehrverurteilungen - kirchentrennend?* (1986), sin silenciar las tensiones existentes entre católicos y luteranos.

El mensaje de la justificación es, de luego, esencial a la vida cristiana, si bien católicos y luteranos disienten sobre su doctrina. ¿Cómo integrar mensaje y doctrina de la justificación? Es de alabar los distintos acuerdos alcanzados en el diálogo ecuménico. Pero eso no basta, y no basta porque —según el autor— un acuerdo formal carece de sentido si no está sostenido por un acuerdo material. En consecuencia, para poder alcanzar un acuerdo tal, es decir, que lo sea tanto a nivel formal como material, «se hace necesario reflexionar sobre los elementos comunes del evangelio cristiano en el que se han fundado simultáneamente el mensaje y la doctrina de la justificación» (p. 242). Lo que, en otros términos, significa que habrá que repensar la justificación a la luz de la eclesiología, de la cristología y de la antropología.

J. García Rojo

F. Ocáriz, *Naturaleza, gracia y gloria* (Pamplona: Eunsa 2000) 355 pp.

El libro de Fernando Ocáriz, quien, además de profesor de Teología en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma), es consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, recoge una serie de artículos publicados entre 1974 y 1995, que tienen en común afrontar los temas desde una perspectiva dogmático-especulativa.

En el prólogo el cardenal Ratzinger señala que núcleo de la antropología cristiana es la idea de participación en la vida divina. Dicha participación —que sólo al final de los tiempos alcanzará su culminación— se ha realizado de forma eminente en Jesucristo al asumir la naturaleza humana, y se realiza también, de modo diverso, en cada uno de los miembros de la Iglesia. Es la dinámica de la divinización que se opera no al margen o en contra de la libertad de la criatura, sino basándose en ella. El camino hacia la santidad es el camino hacia la gozosa libertad de los hijos de Dios. Es mérito del presente volumen recordar esto, como lo es asimismo haber puesto de relieve la necesidad de un horizonte metafísico, ya que «la metafísica es una mediación privilegiada en la búsqueda teológica» (*Fides et Ratio*, 83). Si se prescinde de dicha mediación no se

conseguirá ir más allá del puro análisis de la experiencia religiosa. El trabajo teológico, en cambio, superando las estrecheces del racionalismo, ha de favorecer una actitud contemplativa y silenciosa ante el misterio de Dios y ante el misterio de nuestra vida en él. Así es como procedieron los santos. De forma particular, el autor se fija en san Josemaría Escrivá de Balaguer, cuyas enseñanzas han inspirado muchas páginas de este libro dividido en cuatro partes.

La primera parte, que lleva por título *Creación y dignidad personal del hombre*, aborda, primeramente, cuestiones de metafísica tomista en torno a la creación, tales como la dependencia, la semejanza y la ordenación última del hombre a Dios, para, en un segundo momento, desarrollar el tema de la dignidad personal, trascendencia e historicidad del hombre. Siguiendo al Concilio Vaticano II se afirma que Dios ha querido al hombre por sí mismo (cf. GS 24). Con ello se indica que el fundamento de la persona humana radica en Dios, a cuya imagen ha sido creado el hombre. Es ésta una afirmación primordial de la antropología cristiana, si bien, por otra parte, la noción de persona no ha sido comprendida por todos de la misma manera a lo largo de la historia. Pero, más allá de las diferencias, la persona humana, en cuanto dotada de libertad, trasciende el mundo de las cosas y de las criaturas irracionales. Citando a Escrivá de Balaguer se dice que al crearnos Dios ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Para nosotros ha querido una historia hecha de decisiones. Sobre esta base, la osadía cristiana consiste en afirmar que Dios nos ha creado para ser hijos.

A este tema se dedica la segunda parte titulada *Filiación divina en Cristo*, haciendo notar que entre nuestra adopción filial y el misterio de la Trinidad existe una estrecha relación, como muestra la obra de santo Tomás, para quien la idea de 'participación' es clave a la hora de estudiar el misterio del sobrenatural. Si, por un lado, la participación expresa nuestra radical dependencia respecto a Dios cuya presencia funda nuestro ser y obrar, por otro, tal participación es participación de la divinidad en cuanto tal. Si antes de la creación del mundo Dios nos predestinó a ser hijos en el Hijo (cf. Ef 1, 3-14), el Concilio Vaticano II ha recordado que los seguidores de Cristo, hechos hijos de Dios por el bautismo, han sido llamados por Él a participar de la naturaleza divina (cf. LG 40). ¡Misteriosa realidad la de nuestra participación en la naturaleza divina! En todo caso dicha participación tiene un contenido esencialmente trinitario que se puede expresar diciendo que «por la elevación sobrenatural somos constituidos hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu» (p. 90). Santo Tomás concibe dicha elevación sobrenatural como una nueva creación, cuya novedad radica en el modo de ser: por gracia los hombres son hechos deiformes o dioses por participación.

Un capítulo de esta sección se dedica al estudio de la gracia en un autor, cuyo pensamiento —a juicio de Ocariz— debería ser ampliado y continuado: Mathias J. Scheeben. En él la teología de la gracia ocupa un lugar central, de modo que, siguiendo a los santos Padres y a la mejor tradición

escolástica, proclamó la necesidad de resaltar debidamente la esencia sobrenatural del cristianismo. Su contribución fue importante para llevar a cabo una tarea que todavía hoy sigue siendo actual, porque actual es siempre el tema de la gracia, como la tentación de reducir el cristianismo a simple humanismo. A través de la caridad el cristianismo discurre hacia la plenitud del amor a impulsos del Espíritu Santo. Mención especial merece aquí la que fuera a un tiempo virgen y madre: María. Por obra del Espíritu Santo, ella fue madre del Redentor y fue también la llena de gracia. Con lo cual se pone de manifiesto que entre la plenitud de gracia y la Encarnación del Verbo existe una peculiar relación. Asociada de modo admirable al misterio del Hijo, María es además madre espiritual de todos los hombres, sobre quienes ejerce una mediación materna en comunión con la mediación de Cristo.

El título de la tercera parte reza *Vida de los hijos de Dios*. Es la parte más extensa con una temática dispersa, lo cual no significa que sea menos interesante. Desde luego nos parece importante el primer trabajo aquí recogido dedicado al estudio de la filiación divina en Escrivá de Balaguer, donde se deja claro que la filiación divina fue una constante en la vida y enseñanza del fundador del Opus Dei. Él estaba convencido de que la santidad es accesible a todo hombre, y aquí F. Ocáriz se limita a comentar un texto del año 1931, en el que Dios grabó en el alma de Josemaría Escrivá el conocimiento y el sentimiento de la filiación divina. A la luz de la filiación divina se ilumina el trabajo y la oración, la propia debilidad y la misma muerte. La filiación divina es una grandeza incomparable que, sin embargo, hay que acoger con humildad. Hay que aprender a ser como niños para llegar a ser hijos de Dios.

Como ya se ha dicho, todos los cristianos están llamados a la santidad y a la evangelización. La misión de la Iglesia es el anuncio del Evangelio, del que ningún fiel debiera sentirse excluido. Ciertamente es distinto el ministerio de los sacerdotes del de los laicos, pero no es menos cierto que todos son corresponsables. Por lo que a los laicos se refiere, el Concilio Vaticano II manifestó que ellos ejercen su apostolado a través de su compromiso con el mundo (cf. AA 2). Esto recordado, seguidamente se aborda el concepto de santificación del trabajo, haciendo notar que aquí Escrivá de Balaguer se adelantó a su tiempo. No conforme con quienes concebían el trabajo como castigo o maldición, acuña la breve, pero densa, fórmula: «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo» como positiva valoración del trabajo, que siempre que esté impregnado de amor es instrumento de redención. Naturalmente, si el trabajo es importante para el cristiano también lo es la oración, que se configura como diálogo interpersonal entre Dios y el hombre. Ahora bien, a diferencia de otras concepciones, como precisara la carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la meditación cristiana (1989), la oración cristiana está determinada por la estructura de la fe. De la fe, y en particular de su fuerza liberadora, trata uno de los capítulos de esta parte, comentando las instrucciones *Libertatis nuntius* (1984) y *Libertatis conscientia* (1986) de la Congregación para la Doctrina de la Fe. La con-

clusión es que la fe que actúa mediante la caridad es una fe que libera. Así lo entendieron tanto san Agustín como santo Tomás, para quienes la libertad pertenece a la caridad. El amor, y no el odio o la violencia, es capaz de romper las ataduras que esclavizan al hombre y de transformar la historia.

En la cuarta parte, la más breve de todas y cuyo título es *La consumación escatológica en Cristo*, se comienza por señalar que entre el misterio de Cristo y el destino último de la historia existe una íntima conexión. Es la dimensión soteriológica de la resurrección de Cristo, sobre la que, con razón, se viene insistiendo recientemente. Si Cristo no hubiera resucitado, no tendría sentido esperar una vida más allá de la muerte. Pero, puesto que ha resucitado, él es garantía de nuestra futura resurrección. Otra cosa muy distinta es cómo hay que entender la novedad de la vida gloriosa. En el pasado no se dejó de ofrecer una más o menos detallada respuesta a esta cuestión. Hoy, convencidos de que la verdad de nuestro futuro en Dios sobrepasa nuestra capacidad de comprensión, es preferible, en una actitud de fe esperanzada, confesar a Jesucristo, plenitud de la revelación y de la creación, como hombre perfecto en quien serán recapituladas todas las cosas. Así, aunque no de forma sistemática, el volumen aborda una serie de cuestiones propias del tratado de antropología teológica, ensanchando el horizonte hacia otros campos de la teología. En este sentido nos parece un acierto haber relacionado la antropología con la cristología, la protología y escatología con la soteriología.

J. García Rojo

L. Oviedo Torró, *Altruismo y caridad. Ensayo de antropología en clave interdisciplinar* (Roma: Pontificium Athenaeum Antonianum 1998) 376 pp.

El altruismo, un fenómeno ampliamente difundido, es, en palabras del autor, «el rostro más positivo de la modernidad». ¿Cómo, entonces, no habrían de interesarse por él las ciencias, tratando de esclarecer sus mecanismos? ¿Es que acaso el ser humano es capaz de superar el egoísmo, tendencia que se supone natural y universal? Y lo que es más: la presencia del altruismo no deja de plantear cuestiones, algunas de las cuales están directamente relacionadas con la teología. Consciente de ello, «el presente volumen estudia el fenómeno del altruismo desde una perspectiva teológica e interdisciplinar» (p. 6); en concreto se trata de ver la relación entre la semántica moderna del altruismo y la semántica cristiana de la caridad. Es, por tanto, un intento de diálogo entre ambas perspectivas, privilegiando el carácter u orientación antropológica. Para ello, en la primera parte se hace un recorrido por las distintas etapas del pensamiento moderno que se han ocupado del tema. En la segunda